

Defender la escuela pública desde dentro

Xavier Besalú Universidad de Girona

Hay quien quiere situar la escuela en el mercado, a competir con las demás escuelas del entorno por atraer no a los clientes más próximos (estos de alguna forma son casi cautivos), sino a los “mejores” clientes (y así, de paso, cerrar la puerta a los “peores”), aquellos que pueden dar al centro el lustre deseado, aquellos que, por su sola presencia, irradian y publicitan la bondad de la empresa, sin necesidad de más alardes publicitarios, ni de zancadillas más o menos reglamentarias para adelantarse a los competidores.

Hay quien quiere valorar las escuelas únicamente por sus resultados, medidos con todas las garantías higiénicas por unos árbitros expertos e intachables. El producto final sería la única verdad indiscutible, el baremo que quita y da razones. No importa la materia prima, ni el yacimiento de donde se haya extraído, ni las condiciones del transporte, ni el uso que vaya a dársele, ni siquiera la tecnología usada para tratarla adecuadamente, ni el tiempo destinado para ello. El producto final será medido en relación a un estándar único.

Unos y otros querrían ver publicados en Internet y colgados en la cartelera exterior de la escuela dichos resultados, sin aditamentos ni excusas, para que así la potencial clientela pudiera observar, comparar y elegir con pleno conocimiento de causa, sin mediaciones, sólo en función de los resultados.

Pero hay también quienes **desde dentro** actúan y se relacionan con la escuela como si ésta fuera una empresa o una fábrica con unos propietarios anónimos, lejanos y explotadores, que sólo buscaran el mayor beneficio a costa de sus trabajadores. Desde esta óptica, todo lo malo que ocurra en la empresa es responsabilidad exclusiva de sus dueños, todo lo que hagan sus trabajadores para mejorar sus condiciones de trabajo (cobrar más, tener más vacaciones, especializarse en un cometido determinado, etc.) será bueno y deseable. Y siendo un servicio necesario y universal, no cabría ninguna preocupación por los resultados (sobre todo por los malos), pues lo único importante serían los procesos, trabajar las horas estipuladas por el convenio, mover y agitar convenientemente la materia prima y conducirla hasta el final de la cadena sea cual sea su calidad.

Pero no: el sistema educativo es un servicio público, exactamente igual que lo es el sistema sanitario, que también es universal y necesario. Los hospita-

les y centros de salud no dedican ni el mismo tiempo, ni el mismo presupuesto a atender a una persona que tenga un resfriado que a una persona que sufra un cáncer de hígado, y todos lo consideramos lógico y justo. Los hospitales y centros de salud atienden a todo aquél enfermo que requiere sus servicios y se guardan bien de seleccionar a sus pacientes en función de criterios espurios. La calidad y el prestigio de los hospitales y centros de salud no se mide sólo en función de sus resultados, sino que los más prestigiosos y reconocidos suelen ser los que tratan las enfermedades más agudas, los accidentes más complicados, los diagnósticos más complejos. En el sistema sanitario, en fin, lo importante es el enfermo y jamás un supuesto ahorro empresarial o una reivindicación laboral justificarían la muerte o la mutilación de un paciente.

La libertad, también la libertad de elección de centro, es un valor emergente e irreversible

Toda la investigación realizada a propósito de los valores sociales emergentes es concluyente al respecto: la libertad, en las sociedades occidentales, es el principio primero, el más deseado, aquel por el que vale la pena sacrificarse, el más indiscutible.

No es la libertad del existencialismo, que asume la soledad y la responsabilidad de la propia existencia, que respeta absolutamente la soledad y la libertad de todos los seres humanos. Es, más bien, una libertad hija del mercado y del consumo, que no admite regulaciones externas, que no reconoce ningún límite impuesto, que rechaza cualquier prohibición de hacer lo que se desea, en el momento que se desea; y eso mismo la hace una libertad tolerante con las libertades y deseos de los demás.

Es una libertad que pone al individuo por delante frente a cualquier intento de disolver la individualidad en lo colectivo; es una libertad vigilante y combativa contra cualquier restricción o abuso cometido en nombre de un supuesto bien colectivo. Es una libertad que recuerda cómo —en el pasado más reciente—, en nombre de unas poderosas narrativas de salvación (de forma muy relevante la cristiana y la marxista), desaparecía el individuo y se sacrificaba el presente, en aras de una pretendida emancipación futura y colectiva. Recuerda cómo, en nombre de una supuesta necesidad nacional, millones de jóvenes y no tan jóvenes, militares y civiles, eran convertidos en verdadera carne de cañón, en un número sin identidad, en una estrategia en que la patria devenía el

“Porque no engraso los ejes me llaman abandonao” cantaba A. Yupanqui. Le salvaba su libertad: “si a mi me gusta que suenen, pa qué los quiero engrasao”. Y los ejes de la escuela pública ¿ya no los vamos a engrasar? Al final, parece caer la carga de la prueba sobre los maestros de cada centro. Y los padres ¿no van a poder elegir?

El centro educativo no es una empresa de servicios, ni una fábrica de productos

valor supremo en detrimento del valor de la vida de innumerables ciudadanos. Y recuerda cómo, en nombre de la familia, de la iglesia, del partido, del sindicato, de la congregación o de la escuela, eran anulados y vejados los individuos como personas libres y capaces.

Por todo ello debemos asumir la emergencia y la potencialidad del valor de la libertad individual y deberemos, desde dentro, tratar de corregir sus desmanes, resituarla en un contexto en el que otros valores son también necesarios y convenientes, y darle un contenido menos ego-céntrico y más pleno.

Esto vale también para la libertad de elección de centro por parte de las familias; si todos los centros se comprometen (y las autoridades lo garantizan) a actuar como un servicio público debidamente regulado, que no impide el acceso a nadie por ninguno de los motivos que recogen las Declaraciones Universales y la Constitución Española, ni discrimina a nadie a través de cuotas, servicios adicionales, formas organizativas o itinerarios diferenciadores.

¿Por qué razones impedir a padres y tutores que elijan el centro educativo para sus hijos, en función de sus propios criterios, si todos los centros garantizan el servicio público educativo? ¿Por qué la proximidad debe erigirse en el criterio único y prevalente, cuando para nosotros mismos no lo es respecto de otros muchos servicios? ¿Por qué la experiencia vicaria de vecinos o familiares, o la propia, deben ser denostadas como criterios de elección? ¿Por qué impedir el derecho a equivocarse, el derecho a rectificar?

De esto se siguen dos derivadas. Una: debemos ser mucho más exigentes con unas administraciones que deben velar por el bien común, por el cumplimiento de las leyes y por el correcto funcionamiento de un servicio público esencial. Dos: el profesorado deberá ser mucho más diligente en informar a las familias, en justificar sus decisiones y actuaciones técnicas, y en dar cuenta de los procesos y de los resultados obtenidos. La verdadera democracia se fundamenta en un acceso a la información suficiente y, en el caso educativo, eso depende, casi en exclusiva, del profesorado de cada uno de los centros.



El centro educativo es una institución que vive a través de las personas que lo habitan

La escuela, dice **M. Fernández Enguita**, es una institución tutelar porque modela aspectos sustanciales de la conducta humana. No es una institución total, como la cárcel, el psiquiátrico o el seminario, pero sí comparte con ellas algunas características, como ya puso en claro la pedagogía institucional y antiautoritaria. Y, en las instituciones es determinante el papel y la impronta de los profesionales que trabajan en ellas, su calidad humana y técnica. Más allá de infraestructuras y recursos y al margen de la situación y tipología de sus usuarios.

Son las maestras y los maestros quienes hacen las escuelas, escribe **J. Contreras**. El significado y el valor de las escuelas dependen de lo que ellas y ellos pongan en juego, de la vida que le insuflen, de las relaciones y el sentido que le impriman. La calidad de la enseñanza depende primordialmente, cuenta **J.M. Esteve**, de la altura personal, científica y pedagógica de sus profesores. El maestro, la maestra, su modo de ser y de pensar, de hacer y de relacionarse, son la primera y principal herramienta educativa, el recurso didáctico más esencial y definitivo, porque educar

es, por encima de todo, acompañar el desarrollo de personas en formación, ofrecer y vivir con ellos referencias concretas, modelos de progresión.

Lo decía **F. Gesualdi** en esta misma revista ["Renovar la escuela, cuestión política", 37(2007)9-10]: "Todos sus consejos se reducen, a la postre, a una única afirmación: para ser buenos docentes hay que querer mucho a los propios alumnos... Igual que para la buena sanidad no es necesario que los enfermeros y los médicos se prodiguen en besitos a los enfermos, sino que los traten con competencia y respeto, de la misma manera, para crear una buena escuela es suficiente con que los enseñantes adopten un comportamiento de responsabilidad...".

Esto está más allá de leyes y gobiernos, de proyectos educativos e instrucciones administrativas, de currículos e inspectores, de barracones o instalaciones provisionales, de ordenadores y pizarras, de libros de texto, de departamentos y seminarios, de cátedras y sustitutos, de estadios y complementos.

De nuevo Francuccio Gesualdi (ib): "No se puede dejar de realizar enseguida a nivel personal lo que queremos que se realice a nivel de sistema... También en el ámbito de la escuela hay que incluir el compromiso político para transformar las reglas y las estructuras. Sólo uniendo coherencia y política es posible obtener un cambio duradero al servicio de todos" ■

Escuela pública

Del "servicio" al "derecho"... recorrer el trecho

Gonzalo Romero

Asociación "Candela" y Universidad de Alcalá de Henares

El contexto de la escuela pública, hoy

Un somero apunte histórico nos lleva a afirmar que el capitalismo aparece en la historia como la variante primera de la sociedad industrial. El culto a la productividad, la estrecha relación entre la ciencia, la tecnología y la productividad, la estandarización de los productos y de las necesidades, el consumismo en masa, independientemente de las consecuencias del mismo... son algunas de sus características. Características que son tan comunes al diario transcurrir de nuestras vidas que muy pocas veces reparamos en las consecuencias de su desenfrenado rumbo. Los rasgos del capitalismo son de sobra conocidos: la constitución de un mercado en el que la fuerza de trabajo se compra y se vende como una mercancía más, y en el que el modo del intercambio consiste en un salario por la contrapartida de un tiempo o una tarea específica; la utilización del dinero como medio predominante y universal del intercambio, procedimiento, por cierto, que permite la máxima flexibilización para la distribución del capital y otorga a los bancos y a los intermediarios financieros un papel destacadísimo en el sistema económico y sobre todo, un control del proceso de producción en manos del capitalista.

Para que todo esto "funcione", se instaura un proceso de *competencia* entre capitalistas embarcados en el mismo tipo de producción y en la misma batalla por conseguir préstamos y dominar los mercados. Esta competencia se erige como ley impersonal de valor, que obliga a adoptar nuevas técnicas y métodos que reduzcan los costes, costes sociales, las más de las veces (sanidad, educación, salud...) al tiempo que fuerza a continuar la acumulación para hacer frente al coste creciente



de una maquinaria cada vez más "perfeccionada" que engrase la productividad con el menor riesgo posible para la apuesta económica realizada. La última "vuelta de tuerca" de este modelo —apoyado por la última revolución informática y el servicio impagable de los medios de comunicación masivos públicos y privados— es lo que llamamos capitalismo globalizado.